

*EN MEDIO DE LA MUERTE, EN PLENA LUZ.*  
RESISTENCIAS EPITELIALES EN EL ESTADIO  
NACIONAL COMO CENTRO DE PRISIÓN  
POLÍTICA. SANTIAGO,  
SEPTIEMBRE-NOVIEMBRE DE 1973<sup>\*</sup>

*Daniela Veloz Chandía*

MIL NOVECIENTOS SETENTA Y TRES

Jimena Benavides tenía trece años cuando, en una intranquila noche de septiembre, se quedó sentada en la escalera de su hogar intentando escuchar lo que sus padres conversaban en el comedor con una voz baja, casi inaudible. Su vida hasta ese momento se había desarrollado entre las exigencias de la escuela y una disciplinada vida de deportes que su familia había fraguado para ella y su hermano. Se recuerda, en esa época, participando en el Club de Natación de la Universidad de Chile, para el cual entrenaba diariamente dentro de las dependencias del Estadio Nacional<sup>1</sup>. Su padre, Héctor<sup>2</sup>, se desempeñaba como subdirector del Registro Civil e

---

<sup>\*</sup> Este artículo fue desarrollado en el Seminario de Licenciatura del Instituto de Historia UC *Historia oral. Una aproximación a la historia del tiempo presente*, de la profesora Nancy Nicholls.

<sup>1</sup> Entrevista a Jimena Benavides. Santiago, 31 de julio del 2018. Jimena nació en mayo de 1960; para el golpe de Estado estudiaba en un colegio conservador ubicado en Ñuñoa. Brinda testimonio por su padre.

<sup>2</sup> Héctor Benavides Marambio nació en 1928. Al 11 de septiembre de 1973, se encontraba ejerciendo su profesión de abogado para el gobierno de la Unidad Popular. De militancia comunista desde sus años universitarios hasta el día de su muerte, pasó por el centro de detención del Estadio Nacional y por el campo

Identificación de la Unidad Popular<sup>3</sup>, ocupaba, por lo tanto, un cargo de confianza del presidente Allende. Ese 11 de septiembre salió mucho antes que de costumbre para dirigirse a su trabajo. Jimena se quedó en casa junto con su hermano y su madre, y la mañana transcurrió con la radio transmitiendo lo que sucedía, en un estado de alerta y tensión máximo. Fueron pasando las horas, los días, y Héctor no llegaba de vuelta. Su esposa comenzó prontamente la búsqueda por las calles de Santiago, en agotadoras jornadas llenas de angustia. Fueron días difíciles hasta que, a través de la información entregada por un suboficial conocido de Héctor, pudieron enterarse de su paradero.

El mismo recinto que hasta entonces albergaba los pasatiempos deportivos de una joven Jimena se convirtió en el lugar donde su padre se encontraría detenido como prisionero político hasta su traslado a Chacabuco. Entre el 11 de septiembre y el 9 de noviembre de 1973, el Estadio Nacional fue utilizado como el centro de prisión política más grande creado por la dictadura cívico-militar en la Región Metropolitana<sup>4</sup>. Con el golpe de Estado, este recinto pasó de ser un símbolo de la elevación del espíritu nacional a través del deporte<sup>5</sup>, a un campo de prisión política donde se practicarían vejámenes y violaciones de derechos humanos<sup>6</sup> por los que la dictadura chilena fue mundialmente conocida.

Fueron alrededor de sesenta días en los que Héctor y miles de otros prisioneros pasaron por las instalaciones del Estadio. La cantidad de detenidos fue tal, y el desorden de las entradas y salidas tan impresionante, que aún no se tiene un número exacto de víctimas. La Comisión Nacional

---

de prisioneros de Chacabuco. Llegó al Estadio el 13 de septiembre y salió el 9 de noviembre, en el último grupo con dirección a Chacabuco.

<sup>3</sup> De aquí en adelante, UP.

<sup>4</sup> Si bien existen trabajos que cierran el periodo del Estadio Nacional como centro de detención y tortura el 7 de noviembre de 1973, existe evidencia de que en realidad fue utilizado hasta el 9 del mismo mes (ese día en que fue desplazado el último grupo de prisioneros que aún quedaba en el recinto, con dirección a Chacabuco). Pascale Bonnefoy Miralles, *Terrorismo de Estado. Prisioneros de guerra en un campo de deportes*, Santiago, Editorial Latinoamericana, 2016, pp. 14-15 y 358-359; Consejo de Monumentos Nacionales, *Tres miradas al Estadio Nacional de Chile*, Santiago, Ministerio de Educación, 2004, p. 48; Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago, Andros Impresores, 1996, p. 115.

<sup>5</sup> Bonnefoy Miralles, *op. cit.*, p. 15.

<sup>6</sup> De aquí en adelante, DD.HH.

de Reparación y Reconciliación habla de alrededor de siete mil prisioneros al 22 de septiembre de 1973<sup>7</sup>; según otros cálculos, la cifra aumentaría a unos veinte mil en total<sup>8</sup>. Sobre asesinados bajo interrogación o ejecutados dentro del lugar, se baraja oficialmente una cifra que oscila entre las 41 y 43 víctimas; no obstante, el total también podría ascender bruscamente si se atiende el testimonio de ex prisioneros, que hablan de verdaderas lluvias de fusiles que se escuchaban de día y de noche<sup>9</sup>. Olivia Mora, por ejemplo, denuncia que se escuchaban ráfagas de metrallass, y que en una sola noche las prisioneras llegaron a contar siete tiros de gracia<sup>10</sup>.

El presente escrito se propone estudiar lo sucedido dentro de este recinto deportivo en esos primeros meses de dictadura. Su esfuerzo radica en retratar la experiencia de la prisión política a partir del plano vivencial de sus protagonistas. De esta manera, las preguntas fundamentales a responder son las siguientes: ¿cómo se podría caracterizar la vivencia de la prisión política dentro del Estadio Nacional, durante esos sesenta días de horror?, ¿qué dinámica de poder tomó forma en el lugar? y ¿cómo se podría entender la experiencia de la prisión política desde su multidimensionalidad? Para dichos efectos se trabajará complejizando la concepción más extendida sobre la prisión política, donde el foco está puesto en el relato explícito sobre el dolor, la tortura y la muerte. A esta dimensión se añadirá la existencia de un margen de agencia por parte de los prisioneros políticos frente al régimen del terror que desplegaba su poder sobre sus cuerpos y sus vidas. Este margen de agencia y resistencia es un elemento complejo, desarrollado entre los claroscuros del poder represivo y totalizante de la acción militar, por una parte, y las resistencias intuitivas de parte de los prisioneros, por otra.

<sup>7</sup> Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, *op. cit.*, p. 115.

<sup>8</sup> Fernando Guzmán Muñoz, *Estadio Nacional. La sangre o la esperanza*, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004, p. 99.

<sup>9</sup> Bonnefoy Miralles, *op. cit.*, p. 9.

<sup>10</sup> Entrevista a Olivia Mora Campos, Santiago, 26 de agosto del 2018. Olivia es periodista de la Universidad de Chile. De militancia socialista, al 11 de septiembre de 1973 se desempeñaba como redactora política para el diario *La Nación*, además de ocuparse en actividades propias de la militancia, como brindar apoyo en las JAP y ayudar a compañero obreros a armar sus propios medios de comunicación. Detenida en el Estadio Nacional desde el 14 de septiembre hasta noviembre, luego de la prisión política partió al exilio en Perú y México, donde se mantuvo durante varios años.

El argumento del artículo tiene como base que toda relación de poder debe ser situada en una relación dialéctica con la resistencia que se le opone: donde existan redes de poder existirán nodos de resistencia y rebelión que le hagan contrapeso<sup>11</sup>. De esta forma, el margen de agencia finalmente está en relación con la resistencia que se enfrenta al mencionado poder. En palabras de Michel Foucault:

[L]as relaciones de poder suscitan necesariamente, exigen a cada instante, abren la posibilidad de una resistencia, y porque hay resistencia y resistencia real, el poder de quien domina trata de mantenerse con mucha más fuerza [...]. De modo que lo que trato de poner de manifiesto es la lucha perpetua y multiforme, más que la dominación lúgubre y estable de un aparato uniformador<sup>12</sup>.

En términos generales, se puede esbozar un primer acercamiento a la complejidad del concepto en base a dos puntos: (i) la dimensión de la resistencia es distinta, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, a la del poder dictatorial que tiene cabida dentro de la prisión política, y (ii) la agencia que encuentra lugar en ella va mutando según la situación a la que se enfrente. Es decir: dentro de la prisión política, el poder desplegado por militares y agentes hacia los prisioneros es siempre dispar y asimétrico, y se carga hacia el lado de los primeros; sin embargo, ello no significa que los segundos no tengan acceso alguno a desplegar el poder que emana de ellos de maneras complejas y multiformes.

De manera que se buscará definir esta resistencia que se da dentro de la prisión política a partir del adjetivo *epitelial*. Se habla, entonces, de *resistencias epiteliales* en referencia a las resistencias intuitivas, flexibles y espontáneas de los prisioneros políticos, que surgen como contraparte al poder dictatorial dentro de la prisión; de ahí que se establezcan *desde la piel*. Estas formas se condicen esencialmente con lo propio, la creatividad y el cuidado (del sí y del otro; tanto en la cotidianidad de una prisión incómoda, lúgubre y violenta como en la situación límite de la tortura). Las *resistencias epiteliales* enfrentan tanto el aniquilamiento físico como el

---

<sup>11</sup> Reinaldo Giraldo Díaz, «Poder y resistencia en Michel Foucault», en *Tabula Rasa*, No. 4, Bogotá, enero-junio del 2006, p. 105; Michel Foucault, «El sujeto y el poder», en *Revista mexicana de sociología*, vol. 50, No.3, julio-septiembre de 1988, pp. 5-6.

<sup>12</sup> Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, p. 77.

cultural del aparato represivo a partir de la conservación de —precisamente— aquello que se quería destruir en primer lugar. Dentro de este escrito, estas serán clasificadas en dos grandes categorías (que, de todas formas, interactuaban entre sí): la que se da de manera individual y la que se da de manera colectiva. Como se verá a medida que se desarrolla el argumento, referirse a estas instancias no implica defender la falsa idea de que la resistencia se da en todo momento, en todas partes o de cualquier forma. Un acercamiento a la definición de *resistencias epiteliales* no implica decir que *siempre* se pudo resistir o que *todos* resistieron de la misma manera. Antes bien, se trata de enmarcar, relevar y poner en valor las distintas formas de resistencia que tuvieron lugar en tanto un pilar fundamental de la experiencia de prisión política, puesto que contestaron y disputaron, de sus propias formas, la experiencia del dolor, la tortura y el exterminio.

Para aproximarse a su objeto de estudio, el presente texto utilizó un extenso corpus de información referente a prisión política y dictaduras latinoamericanas, además de una revisión detallada de fuentes —primarias y secundarias— que caracterizarán al Estadio Nacional en tanto recinto deportivo y campo de detención. Importantes fueron los testimonios escritos de forma biográfica por parte de personas que estuvieron detenidas en el lugar<sup>13</sup>. Paralelamente, y con la intención de acercarse al ámbito experiencial de la prisión política, se desarrollaron nueve entrevistas a ex prisioneros y prisioneras del Estadio Nacional y una entrevista a una persona que logró ver lo que sucedía en el recinto desde dentro, sin estar detenida<sup>14</sup>. De estas diez entrevistas, cinco corresponden a hombres y cinco a mujeres. Como esta es una muestra pequeña para hacer un estudio acabado del tema, la información extraída de las entrevistas se complementó con trabajo en el archivo oral de la Corporación Estadio Nacional, Memoria Nacional Ex

<sup>13</sup> Entre este tipo de fuentes se pueden destacar: *Frazadas del Estadio Nacional* (Jorge Montealegre), *Viví para contarlo* (Luis Corvalán), *Estadio Nacional* (Adolfo Cozzi) y *Papá no va a llegar a casa, porque está trabajando en el Norte* (Rolando Álvarez Araya), entre otras.

<sup>14</sup> La persona que brindó su testimonio sin estar detenida es Sara Almarza. Santiago, 6 de octubre del 2018. Sara nació en 1946. Al momento del golpe de Estado era profesora del Liceo 15 de Niñas en Quinta Normal, mientras terminaba sus estudios de Castellano en la Universidad Católica de Chile. No estuvo detenida en el Estadio, pero sí vio lo que allí sucedía, pues su pareja estaba detenida en el recinto y ella entró un par de veces disfrazada de monja. Su testimonio no es citado directamente dentro del estudio, pero corroboró mucha información sobre los comportamientos de los prisioneros del lugar.

Prisioneros Políticos, que ha recabado más de un centenar de testimonios de ex prisioneros desde que comenzó a funcionar, alrededor de 2005.

Respecto de su marco teórico, el artículo se estructura a partir de la intersección de diversas disciplinas: filosofía, sociología, estudios literarios y psicoanálisis convergen para dar complemento a la disciplina histórica. Es importante poner atención en el carácter posestructuralista de esta aproximación, que encuentra especial sustento en las nuevas formas de Historia Cultural que están tomando protagonismo dentro de la discusión historiográfica, tanto en su alcance respecto de las genealogías del poder como en su carácter de historización de las memorias<sup>15</sup>.

Las siguientes páginas centrarán su atención, entonces, en la defensa del concepto *resistencia epitelial* como un marco para comprender los complejos caminos por los que transitan la memoria y la prisión política. Para hacerlo, se dividirá en cuatro partes fundamentales. Se comenzará haciendo una caracterización del proyecto dictatorial. Luego se referirá al Estadio Nacional como espacio (para sí y para la ciudad), intentando dar luces sobre su funcionamiento en el contexto de la primera etapa de la dictadura. De esta manera, se demostrarán las particularidades que tenía el recinto respecto de su funcionamiento. En un tercer momento se definirá un acercamiento a las resistencias epiteliales a partir del individuo y las formas de agencia que sostuvo, tanto respecto de su cuerpo como de su psique, ya fuera en la cotidianidad de la prisión o en el contexto de la tortura. Finalmente, se enmarcarán las resistencias epiteliales a nivel de grupo, especialmente en el contexto de la cotidianidad en prisión (entendiendo que no existieron torturas colectivas dentro del recinto), a partir de los usos de la organización, la voz y la palabra.

## PRIMERA APROXIMACIÓN AL PLAN DE HORROR DICTATORIAL

El gobierno de la UP significó un hito, no solo a nivel nacional, sino que para América Latina entera. Época de aperturas y efusividad por todos quienes vivieron el proceso, marcó un cénit para el desarrollo estatal y social por el cual marchó el país durante todo el siglo xx en su larga trayectoria de lucha social y política. Para quienes estaban a favor del proceso, la existencia del conocido *poder popular* (es decir, la articulación de obreros, pobladores

---

<sup>15</sup> Peter Burke, ¿Qué es la historia cultural?, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 74-76 y 87.

y campesinos en tanto actores fundamentales dentro de la representación estatal y la toma de decisiones políticas<sup>16</sup>) fue una forma de poder que no solamente tuvo un correlato en la forma de hacer gobierno y entender el Estado, sino que también implicó el desarrollo de una estructura y una cultura de organización que se enraizó en cada una de sus ramas.

Las sociabilidades de la época estaban marcadas por la acción y el tomar postura frente a lo que sucedía, ya fuera en el mundo del trabajo o en la militancia partidaria. Es por ello que, ante el progresivo avance de la amenaza de un quiebre provocado por las Fuerzas Armadas<sup>17</sup> y el comienzo de un conflicto sin precedentes, nueve de los diez entrevistados dicen haber comenzado a prepararse. Y, si bien no existía una fuerza armamentística ni militarizada suficiente como para hacerle peso a las FF.AA.<sup>18</sup>, sí surgieron instancias a lo largo de todo el territorio que contemplaban acciones como juntar comida y agua para proveerse en caso de algún desastre o incomunicación, escribir instructivos para tomarse y proteger los lugares de cada organización (como las fábricas o los lugares de estudio), organizar acciones para impedir el paso y ataque de los militares a sus espacios y activar redes de apoyo entre el círculo cercano. Del 11, Guillermo Orrego recuerda una voluntad de defender el gobierno de la UP con los medios que fuera, a medida que comenzaban los enfrentamientos entre obreros y militares a lo largo de todo el Cordón Industrial de Vicuña Mackenna:

Yo me fui temprano ese día... ya en la micro había efervescencia. Llegamos a la empresa y [escuchamos] '¡hueón!, reunión urgente dentro de los comités políticos'. Se reunió el Comité con los sindicatos, y se acordó que quien quisiera evacuar, que se fuera, y comunicarle a la gerencia general que desde ese instante los trabajadores y los sindicatos nos hacíamos cargo de la administración y el cuidado de la fábrica, igual que el 29 de junio. La mayoría de la gente se fue, y nos quedamos ahí, un grupo. Nosotros nos quedamos intercambiando teléfonos y noticias con la Central Única [de Trabajadores] y la dirección del Partido, con nuestras autoridades superiores. Yo me quedé ahí, era mi responsabilidad quedarme ahí. Vino el toque de queda, supimos de la muerte del presidente Allende, y en los jardines

<sup>16</sup> Peter Winn, *La revolución chilena*, Santiago, Lom Ediciones, 2013, pp. 61-68.

<sup>17</sup> De aquí en adelante, FF.AA.

<sup>18</sup> En algunos casos, si es que se tenía acceso a armamento, se organizaron maniobras destinadas a la defensa más que al ataque. No obstante, el poder armamentístico era casi nulo comparado con el que se desplegó desde las FF.AA. a través del golpe militar.

exteriores de la empresa colocamos una bandera a media asta y un galón negro. Pasaron los milicos y los llenamos de garabatos; no teníamos nada, teníamos un revólver, que acordamos que el que salía afuera de la empresa [lo llevaba]. Elaboramos una carta, hicimos *miguelitos*, se preparó baldes con petróleo, cosa de que los tanques que venían a Sumar que estaba resistiendo se ladearan, se resbalaran, tratando de poner obstáculos [...]¹⁹.

Memorias militantes como las de Guillermo tienen resonancia en relatos como el de Luis Sánchez (militante comunista y obrero en ENADI al momento del golpe), y dan cuenta del nivel de disposición que una parte de los partidarios de la UP llegó a tomar frente a lo que estaba sucediendo:

Yo trabajaba en ENADI y andaba en un camión con cerca de trescientos balones de gas de 15 kilos. Estaba en San Bernardo cuando dicen que van a bombardear la Moneda... pesqué mi camioncito y llegué a la Plaza Bulnes, con mi camión con gas, dispuesto a echárselo a los milicos...²⁰.

Si bien relatos como estos dan cuenta de la agencia de los individuos dentro de los márgenes posibles (llorando la partida del presidente, dificultando el paso de los tanques, dirigiéndose a La Moneda a disputar el poder de la forma que fuera), preparativos como los expuestos claramente no pudieron hacer contrapeso material a la fuerza militar que se desplegó a lo largo de todo el territorio: en cuestión de horas los militares se tomaron el poder y sitiaron todos los espacios de organización y sociabilidad imaginables²¹. La voluntad de defensa latía en los partidarios del gobier-

¹⁹ Entrevista a Guillermo Orrego Valdebenito. Santiago, 23 de agosto del 2018. Nacido alrededor de 1948, se desempeñaba como dibujante técnico en la Estándar Electric, dentro del Cordón Industrial de Vicuña Mackenna. Militante de las Juventudes Comunistas desde 1970, dentro de su fábrica era miembro activo del Sindicato No. 2 y dirigente juvenil. Pasó por el Estadio Chile, el Estadio Nacional, Chacabuco y Tres Álamos.

²⁰ Entrevista a Luis Sánchez. Santiago, 1 de agosto del 2018. Nacido en 1946, militante de las Juventudes Comunistas al momento del golpe. Trabajaba como repartidor de gas en la ENADI.

²¹ Mario Garcés y Nancy Nicholls, *Para una historia de los derechos humanos en Chile: historia institucional de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas*, FASIC (1975-1991), Santiago, Lom Ediciones, 2005, pp. 17-19; Jorge Montealegre Iturra, *Frazadas del Estadio Nacional*, Santiago, Lom Ediciones, 2003, p. 24.



no, pero estos no tenían los medios para enfrentar el poder armado de la milicia sublevada.

Las trayectorias de vida de militantes y simpatizantes del proyecto político de la UP dieron un vuelco fundamental, mientras que las FF.AA. actuaban alineadas en un bloque a nivel continental. La preparación que tuvieron estas últimas no solamente se basó en una concepción epistemológica marcada por la idea de que la irrupción popular en las esferas de decisión política significaba el desorden y el caos<sup>22</sup>. Alineados con la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), su acción se vio fundada en dos pilares íntimamente relacionados: que la seguridad de la sociedad se garantizaba a partir de la seguridad del Estado y que era menester proteger a este último de la amenaza de un enemigo interno asociado laxamente al comunismo<sup>23</sup>, el cual representaba la amenaza del orden en todos sus niveles<sup>24</sup>. Por lo tanto, la misión consistía en eliminar la figura del enemigo interno a partir de la ampliación de la acción militar. El movimiento *endocolonizante* de las FF.AA., es decir, la configuración de la militarización del espacio y la captura del poder<sup>25</sup>, fue llevado a cabo a partir de la inserción de estas en todos los niveles de la sociedad: no solamente el político, sino también económico, social, cultural y psicológico<sup>26</sup>.

En este marco, se puede argumentar que el poder desplegado por la dictadura pinochetista extendió prácticas sociales genocidas en tanto modalidades de destrucción y reorganización de las relaciones sociales<sup>27</sup>. Se entiende por *prácticas sociales genocidas* todas aquellas acciones que

<sup>22</sup> Garcés y Nicholls, *op. cit.*, p. 18.

<sup>23</sup> En la práctica, la idea de *enemigo interno* sobrepasaba con creces la asociación al comunismo; era más bien una heterogeneidad de formas organizativas y luchas que fueron asociadas magramente a este con la voluntad de aniquilarlas.

<sup>24</sup> Daniel Feierstein, «Guerra, genocidio, violencia política y sistema concentracionario en América Latina», en Daniel Feierstein (comp.) *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, pp. 11-12; Francisco Leal Buitrago, «La Doctrina de Seguridad Nacional: materialización de la Guerra Fría en América del Sur», en *Revista de Estudios Sociales*, No. 15, Bogotá, junio del 2003, pp. 74-75.

<sup>25</sup> Felipe Victoriano Serrano, «Estado, golpes de Estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico-política», en *Argumentos*, vol. 23, No. 64, Ciudad de México, septiembre-diciembre del 2010, pp. 185-187.

<sup>26</sup> Patrice McSherry, *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*, Santiago, Lom Ediciones, 2009, p. 50.

<sup>27</sup> Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina. Hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador*

son parte de un plan organizado de aniquilación de un grupo específico, las cuales oscilan entre la destrucción física (muerte corporal, persecución, tortura, exilio, relegación) y la cultural (fin de las sociabilidades, identidades e ideales) del grupo oprimido, en este caso, todos aquellos que cupieran bajo la amplia definición anticomunista dictatorial.

La idea de la existencia de un enemigo interno y la necesidad de su aniquilación hizo necesario el despliegue de un aparato de terrorismo estatal dirigido contra la propia población, para poder, de esta forma, reorganizar las relaciones sociales dentro del Estado mismo<sup>28</sup>. Por ello, la organización desplegó un aparataje de largo alcance temporal cuyo objetivo fue exterminar a esta parte de la población, que había sido convertida en una especie de otredad negativizada. Y aquí la palabra *exterminio* debe ser tomada en toda su amplitud, pues si bien su horror parte y tiene sustento en la aniquilación física, su proyecto también apunta al destierro y desaparición simbólica de aquello que encarnan las víctimas: la experiencia y la memoria de un proyecto personal, político, social e histórico diferente al que se impone por la fuerza. Se trata, entonces, de aniquilar el proyecto de raíz a partir de la afirmación de que no existe —e, incluso más, nunca existió— la posibilidad de su concreción<sup>29</sup>.

A través de este marco puede comprenderse el rol fundamental de la tortura para el Estado dictatorial latinoamericano (y, particularmente, chileno): para poder llevar a cabo un proyecto de tales magnitudes, contra un enemigo conceptualizado desde categorías ideológicas así como psicológicas, se necesitaban formas para resquebrajar y anular la voluntad y la psique del otro, o, como se ha conceptualizado en la bibliografía referida al Holocausto, existía la voluntad de dominio y aniquilación de su espíritu<sup>30</sup>. Este marco permite comprender las dimensiones más oscuras del accionar estatal, tal como se define según la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura:

---

*de las relaciones sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 98.

<sup>28</sup> Feierstein, *El genocidio como práctica social...*, *op. cit.*, p. 100.

<sup>29</sup> Daniel Feierstein, *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 88.

<sup>30</sup> Elizabeth Lira y María Isabel Castillo, *Psicología de la amenaza política y del miedo*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS), 1991, p. 29.

Constituye tortura todo acto por el cual se haya infligido intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, castigarla por un acto que haya cometido o que se sospeche que se ha cometido, intimidar o coaccionar a esa persona u otras, anular su personalidad o disminuir su capacidad física o mental, o por razones basadas en cualquier tipo de discriminación<sup>31</sup>.

La idea del aniquilamiento dentro del plano simbólico, con lo anterior, es la transformación de las subjetividades, las identidades y las sociabilidades —todo al mismo tiempo— a partir de la instauración de una cultura del miedo y del silencio basada en el aniquilamiento (cuyos cimientos son la prisión, la tortura, la represión y la muerte). La búsqueda del despojo del sí de quien es preso, torturado, relegado o exiliado tiene entonces el relato primero dentro de su biografía, por supuesto; pero también tiene un correlato a nivel macro: el miedo opera sobre toda la sociedad<sup>32</sup>. De manera que la fracción de la población que ha sido negativizada es puesta bajo ataque para hacerla desaparecer materialmente, pero, además, la realización simbólica de su desaparición clausura la reencarnación de las subjetividades, identidades y sociabilidades también negativizadas: el grupo ha aprendido un nuevo modo de relación social fundamentado en el terror<sup>33</sup>. El poder desplegado, entonces, no solamente se basa en administrar quién vive y cómo. Es, ante todo, una administración de la muerte: quién y qué muere, de qué manera, y en cuál o cuáles de todos los planos que se superponen<sup>34</sup>.

## ENTENDER EL ESTADIO PARA SANTIAGO Y PARA SÍ

Para llevar a cabo la anulación del individuo y del proyecto esbozado con anterioridad, fue necesario inaugurar una serie de centros de detención —la mayor parte de las veces clandestinos— donde practicar el terror y

<sup>31</sup> Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, Santiago, La Nación, 2005, p. 225.

<sup>32</sup> Marcelo Viñar, «Violencia política extrema y transmisión intergeneracional», en Fedra Cuestas y Patrice Veremen (coords.), *Una memoria sin testamento. Dilemas de la sociedad latinoamericana posdictadura*, Santiago, Lom Ediciones, 2016, p. 71.

<sup>33</sup> Feierstein, *El genocidio como práctica social...*, *op. cit.*, pp. 248-249.

<sup>34</sup> Achille Mbembe, *Necropolítica*, Madrid, Editorial Melusina, 2006, pp. 19-20.

desplegar los mecanismos paraestatales que lo concretaban<sup>35</sup>. Su existencia obedeció a una política de Estado que institucionalizaba, de facto, el poder sobre la muerte<sup>36</sup>: en este contexto fue donde la vida de los prisioneros, generalmente aunados por el factor de filiación política, perdió todo valor político y quedó a merced del aparato del terror en despliegue<sup>37</sup>. El Estadio Nacional cabe dentro de la categoría de centro de detención, pero, por su contexto, presenta una serie de particularidades que lo diferencian de otros centros.

Es necesario relevar el tiempo en el cual fue utilizado como centro de detención. La división clásica que se hace de la dictadura, conceptualizada en el Informe Valech, contempla tres etapas alineadas con los mecanismos de represión que tuvieron lugar en de cada una: primero, entre septiembre y diciembre de 1973 (periodo de instauración del aparato dictatorial); luego, entre 1974 y 1977 (periodo que coincide con la puesta en marcha oficial de la DINA); y finalmente, entre 1978 y 1990 (es decir, el momento en el que actuó la CNI)<sup>38</sup>. La primera etapa, cuando fue utilizado el Estadio Nacional como centro de prisión política y tortura, puede caracterizarse por tres cuestiones fundamentales. Primero, ahí se da la cantidad de detenciones más alta de la dictadura (ello, sumado al corto tiempo que abarca, da como resultado la densidad más alta también: un 69% de las detenciones oficialmente cuantificadas fueron llevadas en estos primeros tres meses<sup>39</sup>). Segundo, si bien es posible vislumbrar el actuar del grupo de la DINA desde el golpe mismo, la primera central de inteligencia como tal no era aún creada<sup>40</sup>; ello significó que la administración del Estadio estuviera en manos de las FF.AA. y no de una central de inteligencia creada para estos fines específicos y estructurada como tal. Tercero, y en relación con lo anterior, los mecanismos de represión y tortura durante ese primer periodo fueron

<sup>35</sup> McSherry, *op. cit.*, p. 35.

<sup>36</sup> José Santos-Herceg, «Konzentrationslagern (campos de concentración) en Chile. Sobre la (im) pertinencia del nombre», en *Hermenéutica intercultural*, No. 26, Santiago, 2016, p. 32; Mariela Ávila, «Campos de concentración de las dictaduras latinoamericanas. Una mirada filosófica», en *La Cañada*, No. 4, Santiago, 2013, p. 221.

<sup>37</sup> Ávila, *op. cit.*, pp. 223 y 225.

<sup>38</sup> Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, *op. cit.*, p. 205.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> Ver Manuel Salazar Salvo, *Las letras del horror. Tomo 1: La DINA*, Santiago, Lom Ediciones, 2011; Jorge Montealegre, *Memorias eclipsadas. Duelo y resiliencia comunitaria en la prisión política*, Santiago, Asterión, 2013, p. 62.

más rudimentarios que en etapas más tardías: si bien existían nociones sobre tortura a partir del adoctrinamiento de las FF.AA. en la Escuela de las Américas, los lineamientos de la DSN y lo que sucedía en otras dictaduras latinoamericanas ya instauradas, la experiencia chilena recién comenzaba. Por ello, se encontraba en etapa experimental respecto de cómo utilizar la prisión política y sobre los mecanismos de tormento y tortura<sup>41</sup>.

En lo tocante al Estadio como espacio, la primera característica que salta a la vista es su magnitud. Antiguamente conocido como el Coloso de Ñuñoa, ocupa 62 hectáreas emplazadas entre cuatro verdaderas arterias de la ciudad: hacia el norte colinda con Avenida Grecia; hacia el sur, con Avenida Guillermo Mann; hacia el poniente con Avenida Maratón; y hacia el oriente con Pedro de Valdivia<sup>42</sup>. Se encuentra cerca de dos sectores clave para la historia santiaguina de la época de la UP: el Cordón Industrial de Vicuña Mackenna, por un lado, y la población La Legua, por el otro. De ambos lugares fueron llevados una gran cantidad de prisioneros hacia sus inmediaciones. Su conectividad permitió llevar rápidamente a detenidos de todo Santiago hacia el recinto, al mismo tiempo que los cuerpos que se quería desaparecer podían ser sacados de él y llevados a canales y sitios eriazos cercanos.

Convertido en una verdadera cárcel a cielo abierto, su utilización como centro de prisión política y tortura no pasó desapercibida: fue, junto con el Estadio Chile —hoy estadio Víctor Jara—, uno de los lugares más notorios de detención en esta etapa temprana, reconocido tanto nacional como internacionalmente<sup>43</sup>. Lejos de la experiencia de centros clandestinos (por ejemplo, la Villa Grimaldi o Londres 38), los santiaguinos sabían que ese lugar específico estaba siendo utilizado para los fines de la represión y el horror (si bien, tal vez, no se tenía dimensión de la magnitud de la violencia que allí acontecía)<sup>44</sup>. Por otro lado, se actualizaban constantemente las listas con los nombres de los detenidos dentro del Estadio, las cuales se pegaban en las afueras de este para que se supiera quiénes estaban ahí. Los familiares, amigos y cercanos de los detenidos llegaban hacia la entrada

<sup>41</sup> Guzmán Muñoz, *op. cit.*, p. 106.

<sup>42</sup> Felipe Romero Samaniego, *Renovación coliseo central del Estadio Nacional*, tesis para acceder al título de Arquitecto, Santiago, Universidad de Chile, 2005, p. 13.

<sup>43</sup> Comisión Nacional de la Verdad y la Reconciliación, *op. cit.*, p. 97.

<sup>44</sup> Incluso la Cruz Roja Internacional y organismos de la ONU hicieron visitas al recinto.

por Avenida Grecia a ver si podían divisar a sus seres queridos. Esto implicó que, a veces, existiera la posibilidad de enviar pequeños paquetes con comida y ropa desde afuera, a través de concriptos amigos o apelando a la buena voluntad de quienes resguardaban el lugar<sup>45</sup>. Era común que se escondieron pequeños papeles con mensajes entre estos envíos<sup>46</sup>.

Para sí, el Estadio Nacional también tuvo ciertas características particulares en cuanto centro de detención. Como el tiempo en el que se utilizó para tales fines fue el más álgido en términos de detenciones, su espacio vio pasar miles de prisioneros de todos los estratos y todas las ocupaciones: estudiantes, obreros, campesinos, pobladores, funcionarios de la UP; nacionales y extranjeros; hombres y mujeres de todas las edades. El Estadio puede ser leído, entonces, como un «micro-Chile» donde existía una vasta muestra de ciudadanos<sup>47</sup>. Contrario a otros centros de detención y tortura que fijaban sus objetivos en la captura de partidos en específico (por ejemplo, Villa Grimaldi respecto del MIR y el PS particularmente), el Estadio Nacional reflejó el desorden de esos primeros días donde cayeron militantes de partidos más grandes como el PC (y las Juventudes Comunistas), el PS y el MIR; partidos más pequeños como la Izquierda Cristiana (IC); y una gran cantidad de personas que fueron capturadas en sus espacios de trabajo, de estudio o poblaciones y que no tenían más que simpatías partidarias, pero no militancias.

En segundo lugar, la magnitud del Estadio facilitó la especialización en el uso de sus espacios: los camarines, escotillas, graderías y baños se convirtieron en los lugares donde los prisioneros debían esperar —hacidos— el paso del tiempo y el llamado a interrogación. A diferencia de otros recintos donde los prisioneros se encontraban aislados, en el Estadio Nacional podían compartir una cotidianidad. Por otro lado, el sector de las caracolas y el velódromo fueron utilizados como lugares de tortura para quienes eran interrogados. El traslado entre el lugar de prisión y el lugar de tortura se hacía a través de los tupidos árboles que poblaban el estadio en la época, tapando a los prisioneros con una frazada para desorientarlos y para que no fueran identificados por los vecinos del sector.

Ya descritas las características del proyecto dictatorial y su aparato de aniquilamiento físico, material y simbólico, así como también contextualizado el Estadio respecto del tiempo y el lugar en que se utilizó para estos

<sup>45</sup> Comisión Nacional de la Verdad y la Reconciliación, *op. cit.*, p. 115.

<sup>46</sup> Más adelante, estas pequeñas cartas serían conocidas como «calugas».

<sup>47</sup> Guzmán Muñoz, *op. cit.*, p. 8.

fines, las próximas páginas centrarán su foco en las diversas y multiformes resistencias al poder desplegadas dentro del recinto. Si se toma la definición de tormento y la tortura desde su ámbito individual, cabe entonces preguntarse: ¿cómo se podía resistir al aniquilamiento y la voluntad de resquebrajamiento y aniquilación de la psique de quien era sometido a la prisión política?

## RESISTENCIAS EPITELIALES DESDE EL INDIVIDUO: LA FUERZA DE LA TRINCHERA INTERNA

En línea con lo esbozado anteriormente, la acción del Estado dentro de los recintos de detención política en general, y del Estadio Nacional en particular, encuentra sustento en la idea de la anulación del individuo en todas sus dimensiones. Las prácticas sociales de aniquilamiento y reestructuración funcionaron, en este contexto, bajo la premisa de que la fragmentación social se realizaría a partir de un paso anterior: la fragmentación, anulación y destrucción de lo más profundo del ser de quienes eran prisioneros. En último término, el terror tomó su forma más tremenda precisamente donde se articuló un sistema artificial, cerrado en sí mismo y estructurado que permitiera despojar a los sujetos de la relación consigo mismo, con sus ideales y con su memoria<sup>48</sup>. Más allá de la definición operativa del horror (es decir, acotarlo a la crueldad y el maltrato), es necesario comprender que el martirio fue diseñado en tanto esquema cuyo fin específico consistía en destruir «la constelación identificatoria que constituyó hasta entonces la singularidad [del sujeto]»<sup>49</sup> y transformar su subjetividad hasta caer en el desamparo del yo. La marca de la trayectoria vital, entonces, toma su potencia a partir de la desarticulación del yo estructural (público) y el yo profundo (individual)<sup>50</sup>. En palabras de Osiel Núñez, «cada una de las

<sup>48</sup> Marcelo Viñar, «Violencia social y realidad en psicoanálisis», en Janine Puget y René Kaes, *Violencia de Estado y psicoanálisis*, citado en Feierstein, *Memorias y representaciones...*, *op. cit.*, p. 88; Tzvetan Todorov, *Frente al límite*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 45.

<sup>49</sup> Marcelo Viñar, «Violencia política extrema...», *op. cit.*, p. 72.

<sup>50</sup> Lira y Castillo, *op. cit.*, pp. 29 y 51; Marcelo Viñar, «Violencia política extrema...», *op. cit.*, pp. 74-75; Gabriel Salazar Vergara, *Voces profundas. Las compañeras y compañeros 'de' Villa Grimaldi*, Santiago, Lom Ediciones, 2016, pp. 170 y 173.

personas que sufrió tortura, es la peor tortura, de eso tengo certeza. Para mí, la tortura es peor que la muerte, y de eso tengo convicción absoluta»<sup>51</sup>.

Para el caso del Estadio, puede sostenerse que la experiencia completa adquirió un carácter doloroso: la sesión de tortura era el cénit de un tormento que tomaba sus características más cotidianas en el hambre, el frío, las humillaciones y las conductas abusivas que eran parte del día a día dentro de la prisión. Guillermo Orrego escribió una carta a su esposa desde el Estadio, que le hizo llegar a través de un suboficial, donde relata el tedio del día a día: «El proceso aquí es lento, llevamos más de diez días mal alimentados y mal dormidos [...] andamos todo el día caminando por las rejas de aquí pa allá, pidiendo cigarros y pan, esa es más o menos la rutina, bastante desagradable y angustiosa»<sup>52</sup>. En palabras de Jorge Montealegre, no eran sino formas para crear una sensación generalizada de que la vida completa había pasado a estar entre paréntesis<sup>53</sup>, de que se estaba llevando a cabo un quiebre biográfico de pérdidas y postergaciones donde la adversidad devenía «normal» dentro de la experiencia involuntaria de la prisión<sup>54</sup>.

Si la experiencia de la prisión política está diseñada para estos efectos, uno de los pilares basales para llevarlos a cabo se encuentra en el despojo de un marco de referencia. Así, la experiencia y su enunciación adquieren complejidad: es difícil encontrar términos y marcos de significación que den cuenta de los hechos vivenciados en ella que puedan ser de ayuda para el proceso de elaboración<sup>55</sup>. En otras palabras:

<sup>51</sup> Entrevista a Osiel Núñez Quevedo. Santiago, 11 de octubre del 2018. Nacido en 1946, en 1973 era estudiante de la UTE, militante de las Juventudes Comunistas y presidente de la Federación de Estudiantes de su universidad. Pasó por el Estadio Chile, el Estadio Nacional, la Cárcel Pública y Tres Álamos.

<sup>52</sup> Archivo personal de Guillermo Orrego. Carta escrita el 26 de septiembre de 1973.

<sup>53</sup> Montealegre, *Frazadas del Estadio Nacional...*, *op. cit.*, p. 127.

<sup>54</sup> Montealegre, *Memorias eclipsadas...*, *op. cit.*, pp. 68-69; Norbert Lechner y Pedro Güell, «Construcción social de las memorias en la transición chilena», en Elizabeth Lira y Susana G. Kaufman (comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 30.

<sup>55</sup> Lynn Abrams, «Memory as both source and subject of study: the transformations of Oral History», en Stefan Berger y Bill Niven (eds.), *Writing the history of memory*, London, Bloomsbury Publishing, 2014, p. 105; Dominick La Capra, *History and its limits. Human, animal violence*, Ithaca, Cornell University Press, 2009, p. 65.



[I]t was also the very circumstance of *being inside the event* that made unthinkable the very notion that a witness could exist, that is, someone who could step outside the coercively [...], dehumanizing frame of reference in which the event was taking place, and provide an independent frame of reference through which the event could be observed. [...] [W]hen one cannot turn into a 'you' one cannot say 'thou' even to oneself. [...] [This is] a world in which one *could not bear witness to oneself*<sup>56</sup>.

En el momento en que pretenden aniquilar subjetividades, identidades y sociabilidades, la prisión política y la tortura se definen desde un despliegue abusivo del poder. Son, ante todo, un acto político que envuelve a quien ejerce el poder y sobre quien es ejercido<sup>57</sup>. Pero el poder en tanto gobierno y quiebre no implica siempre, absoluta ni necesariamente un sometimiento completo de la conducta de los seres sociales. El poder ejercido se enfrenta con la multiplicidad de límites que le impone el hecho de ser definido en tanto relación de fuerzas que actúan y se enfrentan<sup>58</sup>. Y, aunque se despliegue dentro de esta red con la voluntad de aniquilar, el ser humano que ha sido asediado, amedrentado y silenciado no congela su capacidad de razonamiento, sensibilidad ni memoria: elabora, con los pertrechos que cuenta, técnicas de supervivencia y libertad interior asociadas a la objetivación de la realidad y la acción en consecuencia<sup>59</sup>.

Por lo tanto, la primera expresión de resistencia tiene que ver con aquello que toma lugar al interior del individuo frente a lo que le está sucediendo. Héctor Benavides le contó a su hija que esta era una vibración particular de resistencia, la que acontecía en su trinchera interna:

Mi papá me contó, y ahí me enteré de cómo él salía del velódromo, las cosas que le hacían aquí, que lo quemaban con fuego, los ahorcamientos, las golpizas. [Y yo pude captar] las sensaciones, toda la indefensión que produce el estar en manos de algo que... que tu cuerpo no tiene cómo resistirse, que *solo te queda la resistencia de tu ser personal: es ahí donde está la trinchera, es ahí donde uno se va a*

<sup>56</sup> Dori Laub, «Truth and testimony: the process and the struggle», en Cathy Caruth (ed.), *Trauma: Explorations in Memory*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1995, p. 66.

<sup>57</sup> Montealegre, *Memorias eclipsadas...*, *op. cit.*, pp. 71-74.

<sup>58</sup> Lira y Castillo, *op. cit.*, pp. 54-55.

<sup>59</sup> Paz Rojas Baeza, *Recordar. Violación de derechos humanos: una mirada médica, psicológica y política*, Santiago, Lom Ediciones, 2017, p. 34.

*escapar*, porque si estás amarrado, si te tienen entre tres metiéndote la cabeza en el agua, el cuerpo... no tienes cómo<sup>60</sup>.

En un contexto donde la subjetividad misma es la que está en disputa, la metáfora de la trinchera interna ilustra el primer límite de un accionar estatal que se pretendía totalizante, a la vez que pone el énfasis en la primera posibilidad de agencia del individuo dentro de estas circunstancias. El obstinado gobierno de los propios pensamientos y acciones, en un momento en que el poder —cuantitativamente mucho más fuerte— de la dictadura temprana se dejaba caer para resquebrajar estas actividades, corresponde, de este modo, a un despliegue de poder personal. La búsqueda y el cuidado de este ser íntimo ayudó a sobrellevar diferentes tormentos, tanto dentro de la tortura en el velódromo o las caracolas como en la cotidianidad de la prisión.

Por supuesto, esta no era una operación fácil. Los mismos ex prisioneros recuerdan la dificultad de no caer en letanías autodestructivas. La trinchera interna tenía límites, y la idea de la prisión política era quebrarlos. Osiel Núñez cita el caso de un compañero de camarín que no podía parar de sumergirse en la angustia, cantando en repetición el mismo verso: «‘Gracias a la vida, que me ha dado tanto’... una, dos, tres, diez, cien veces [...]. Y dándole, dándole. Entonces, ¿de qué manera sustraerlo de eso? No era fácil»<sup>61</sup>. Pero es por esta misma dificultad que el testificante valora con mucha fuerza aquellas veces en que él y sus compañeros se desistieron de ceder personalmente ante las circunstancias:

Lo de la letanía, del verso, de no poder dormir, correspondía a que [su compañero] estaba en un estado de *shock* muy grande; pero no, lloriqueos no, ¡lloriqueos no! No había un ‘ah, en qué me metí’, nada de empezar a lamentarse y [decir] ‘en qué estoy, qué es lo que hice, y por qué’, nada<sup>62</sup>.

Los testimonios dan cuenta de que la trinchera interna tomó dos acepciones generales: aquella que se relaciona con el cuidado y la supervivencia del cuerpo, y aquella que se relaciona con el cuidado de la psique. En el primer caso, se puede esbozar una primera aproximación a la idea de sobrevivencia.

<sup>60</sup> Entrevista a Jimena Benavides, *op. cit.*

<sup>61</sup> Entrevista a Osiel Núñez, *op. cit.*

<sup>62</sup> *Ibid.*

Cuando Guillermo Orrego recién entró al Estadio, recuerda que él y sus compañeros tenían una noción muy vívida de esta:

El animal, cuando está hambriento y [...] acorralado, su vida en peligro, es ahí cuando mejor discurre cómo escapar, se resaltan las aptitudes naturales de supervivencia a un nivel increíble. El ser humano es igual. En el Estadio había necesidad de lavar la ropa, y lavábamos la ropa interior, por ejemplo, las camisas [...] [con unos sacos de una especie de detergente que mandaban a las escotillas]. Entonces tú sacabai [el producto] y te lavabai el pelo, las manos. Tenía necesidades de asearme, por las plagas de piojos, etcétera; las condiciones de higiene que teníamos no eran muy decentes y los ratones hacían fila. Había que sobrevivir. Lo primero que rastreamos cuando llegamos al Estadio Nacional fueron los tarros de basura [por si había algo que comer, como cáscaras de naranja]<sup>63</sup>.

Esta cita refleja la primera acepción del concepto *trinchera interna* de forma muy ilustrativa, por cuanto releva la dimensión del autocuidado que tiene que ver con el cuerpo; es decir, la preservación de la salud, la higiene y la imagen. Estos son actos notables, pues implicaban una noción de autonomía, desafío y dignidad (en tanto respeto y cuidado de sí) ante el poder dictatorial. Era tomar acción en un contexto que invitaba a no hacerlo, a través de la suciedad del ambiente y lo desmoralizante que podía resultar todo<sup>64</sup>. Tal como comenta Guillermo, existía una necesidad práctica de mantenerse limpios y buscar comida: significaba reducir las chances de enfermar y debilitarse pues la suciedad, los piojos, el hacinamiento y las infecciones eran muy comunes.

Es importante comentar que esta lucha por la autopreservación, cuando tuvo cabida, lo hizo sin importar la edad o el sexo, en tanto se imbricaba con un instinto primario del que dan cuenta los testimoniantes. Ruth Vuskovich, prisionera en el camarín de mujeres, recuerda en esta misma línea que desarrolló una especial sensibilidad para entender lo que su cuerpo necesitaba:

En la cárcel hay que cuidarse. Hay que dormir, hay que comer, hay que lavarse y hay que ayudar a los que están más tristes. Y esto es lo fundamental: lavarse, comer y dormir para poder resistir. Hay que evitar los piojos, hay que comer para tener energía. Esto no

<sup>63</sup> Entrevista a Guillermo Orrego, *op. cit.*

<sup>64</sup> Todorov, *op. cit.*, pp. 72-73.

quiere decir que no haya que llorar ni estar triste, si es lo normal... pero yo actuaba de manera que decía, 'si tengo que comer, como; si tengo que dormir, duermo'. Así, ordenada, como la disciplina<sup>65</sup>.

Esta lógica fue compartida por su pareja, Luis Alberto Corvalán, detenido en la escotilla 7 del mismo estadio. Entre los dos lograron formar una conciencia muy nítida respecto de las circunstancias a las que se enfrentaban. Poco antes de que el Estadio cerrara como centro de prisión y debieran ser reubicados<sup>66</sup>, Luis (quien había sido brutalmente torturado por ser hijo de un importante dirigente del PC) le insistió a Ruth en que hicieran un examen de las costumbres adquiridas en prisión política, incluyendo las horas que dedicaban al sueño o lo que hacían para entretenerse o superarse. La idea principal con esto era aprender a sobrevivir, y hacerlo con las menores huellas posibles<sup>67</sup>.

Ruth recuerda haberse aseado constantemente. Olivia Mora asiente con semblante serio cuando recuerda que se lavaban como podían y «por presas»<sup>68</sup>. Pero, además de ser una reacción práctica, la limpieza y el cuidado del cuerpo también adquirieron un significado estético-simbólico para los prisioneros. La autonomía y la dignidad anteriormente mencionadas eran señales sutiles pero poderosas de resistencia frente al decaimiento. A través de la comunicación no verbal estaban afianzando una importante respuesta: aunque se encontraran debilitados y enflaquecidos, iban a seguir cuidando de la imagen que presentaban. Prisioneras y prisioneros recuerdan haberse preocupado de limpiar su vestimenta y arreglarse con lo que pudieran: el mero hecho de hacerlo también daba señales de no decaimiento, puesto que implicaba una preocupación por la imagen en un contexto en donde se pretendía despojar a los sujetos de esta forma primaria de individualidad.

---

<sup>65</sup> Entrevista a Ruth Vuskovich. Santiago, 11 de mayo del 2018. Estudiante de Diseño de la Universidad de Chile y militante de las Juventudes Comunistas al momento del golpe. Hija de Pedro Vuskovich, ministro de Economía de Allende. Pasó por el Estadio Nacional y la Cárcel de Mujeres. Luego de la prisión política se fue al exilio con su pareja, Luis Corvalán, y su hijo. Tras la muerte de Luis, parte con su hijo a México, donde viven durante varios años antes de regresar a Chile.

<sup>66</sup> Ruth en la Cárcel de Mujeres y Luis en Chacabuco.

<sup>67</sup> Luis Corvalán Castillo, *Viví para contarlo*, Santiago, Ediciones Tierra Mía, 2007, p. 50.

<sup>68</sup> Entrevista a Olivia Mora, *op. cit.*

Ejemplo de lo anterior es que, años después de haber salido, Ruth se encontró con una compañera de prisión que le agradeció porque, con estas acciones, «les estaba mostrando la vida [a sus compañeras de prisión]: ‘Ella ahí estaba, y por ejemplo se bañaba, se lavaba el pelo, se ponía en el sol para que se le secara el pelo y tomar un poco de sol, y si habían flores ella sacaba una flor y se la ponía en el pelo»<sup>69</sup>. En el mismo sentido, Sonia Palestro hace hincapié en que la presentación corporal tiene importancia para no mostrarse desde la derrota, afirmándose en la imagen femenina según los roles de género de la época. La arenga a sus compañeras era:

Yo les decía: chiquillas, no nos pueden ver derrotadas, no nos podemos ver como una piltrafa. Aunque nos saquen la cresta y media nosotras no vamos a andar para darles en el gusto a ellos para vernos así. Entonces, hay que arreglarse, hay que andar con la ropa mejor de como la dejan ellos, hay que andar peinadita, si tienes pintura pintate, pero no le demos en el gusto. Eso también era sanador... era saber que éramos mujeres y no piltrafas<sup>70</sup>.

Si bien el testimonio anterior habla de roles de género, donde parte de la dignidad de la mujer se asocia a belleza y pulcritud, este simbolismo no era patrimonio exclusivo de las prisioneras. En efecto, la dignidad también se encuentra en relatos de prisioneros varones:

Yo creo que hubieron [sic] gestos enormes, más allá de gestos, una sutil resistencia a rompernos, a quebrarnos... si todo el día yo te trato a ti como una escoria humana, como la cloaca, como un pedazo de porquería, qué lo que trato con eso, de destruir tu moral, de que tú ya no eres un ser humano. Y si tú eres capaz de resistir, de levantarte, de afeitarte, de lavar tu camisa para que se vea linda frente al opresor, esas cosas a ellos los desarmaban<sup>71</sup>.

La resistencia individual se dio desde el flanco del cuerpo, tanto desde lo pragmático como desde lo simbólico, pero las estrategias de supervivencia, expresión y contestación solo comenzaron ahí. La importancia de expresar

<sup>69</sup> Entrevista a Ruth Vuskovich, *op. cit.*

<sup>70</sup> Entrevista a Sonia Palestro. Santiago, 4 de septiembre del 2018. Periodista de la Universidad de Chile, donde tuvo varios cargos de representación durante su época estudiantil. Nacida en 1945 en el seno de una reconocida familia socialista, mantiene su militancia hasta el día de hoy. Llega al Estadio el 2 de octubre de 1973.

<sup>71</sup> Entrevista a Guillermo Orrego, *op. cit.*

la individualidad a través de la imagen sirve de nexo con la segunda parte de la resistencia desde el individuo, que tiene que ver con las actividades del espíritu.

Puede entenderse a las *actividades del espíritu* como la búsqueda de la contemplación dentro de la prisión política. La participación personal dentro de lo universal (como un fin en sí mismo) significaba la búsqueda de la elevación del espíritu, precisamente ahí donde este quería ser destruido<sup>72</sup>. Se puede citar como un ejemplo de esta contemplación aquella búsqueda por la expresión de la belleza en la imagen propia, como la flor con la que Ruth adornaba su cabello de forma casi intuitiva, o la limpieza de la ropa que Guillermo citaba como símbolo de resistencia. Ahora bien, la belleza también se podía encontrar en situaciones cotidianas que adquirirían valor simbólico para los prisioneros. Por ejemplo, Olivia recuerda haberse sentido convocada a mirar el volar de los pajarillos que jugueteaban en el estadio en esa época de primavera:

Yo me acuerdo que tenía mi *hobbie*, me sentaba en una piedra debajo de un árbol que había y miraba a unos pajaritos que todos los días estaban ahí. Y entonces yo me entretenía todas las mañanas viendo a los pajaritos que revoloteaban... cosas así<sup>73</sup>.

A través de la participación dentro de universales como la belleza y la verdad en sus formas más pequeñas y cotidianas, los prisioneros hacían un ejercicio inconsciente para mantener con vida y actividad el ser interno que estaba siendo puesto bajo ataque. Se insertaban en la vida, a partir de volver a ella como un relato posible, del cual eran partícipes y no testigos pasivos ni despojos de sí mismos<sup>74</sup>. Aún más: se convertían en sus propios y primeros testigos. Este punto es de vital importancia. La operación consistía en dar luces universales sobre una existencia que el poder esperaba reducir al particular más lacerante del trauma. Con ello, los prisioneros encontraban en ellos un ínfimo instante donde eran testigos de sí mismos, puesto que se convertían en narradores de una experiencia pensada para ser inenarrable<sup>75</sup>. Esta no es sino una forma de superar la visión estereotípica que se tiene del trauma, en tanto polaridad entre pulsión y elaboración<sup>76</sup>,

<sup>72</sup> Todorov, *op. cit.*, pp. 98-103.

<sup>73</sup> Entrevista a Olivia Mora, *op. cit.*

<sup>74</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 104.

<sup>75</sup> Laub, *op. cit.*, p. 72.

<sup>76</sup> La Capra, *op. cit.*, p. 65.

puesto que da cuenta de microacciones y agencias de las que el individuo es capaz en su contexto.

Generalmente, cuando se piensa en universales, se tiende a mencionar la verdad y la belleza como pilares fundamentales. Pues bien, la vida en prisión política da luces sobre un tercer tipo de añoranza por lo universal que, paradójicamente, echaba raíces sobre lo más propio e íntimo de cada uno para poder existir: el espíritu de la melancolía. Sin confundirse con la letanía de la que Osiel hablaba cuando cita al compañero que repite el verso de Violeta Parra, o con «tomar caldo de cabeza»<sup>77</sup>, la melancolía en este caso refiere a un sentimiento de añoranza anclado profundamente en las memorias de cada quien. A partir de ello, la memoria se convertía en un espacio de experiencia y resignificación dentro del presente, como un acto eminentemente creativo<sup>78</sup>.

Lo anterior es fundamental: como se dijo en el comienzo de este acápite, para destruir al individuo el aparato estatal estructuró un ataque importante a la memoria e identidad de los prisioneros. El ejercicio de la memoria, no obstante, era una forma de anclar la identidad personal. En efecto, memoria e identidad tienen una relación recíproca dentro de la constitución de subjetividades y dan un marco de significación sobre el cual los sujetos se entienden a sí mismos<sup>79</sup>. El hecho de que el ejercicio de la memoria fuera precisamente una de las maneras en que se resistía la vida de la prisión y la tortura habla, una vez más, sobre los límites discursivos que el plan dictatorial encontraba dentro de los sujetos.

Incluso más: la memoria demuestra ser uno de los lugares más potentes donde se desarrolla el ejercicio de ser testigo del sí. Ya no se trataba solamente de testimoniar frente a sí mismo sobre lo que acontecía dentro de la prisión política, sino, además, de insertarlo en un caudal biográfico y encontrar una suerte de resguardo dentro de las memorias que se querían desterrar del individuo. Era una forma infinitamente íntima de resguardar la forma primaria del «yo político» a partir del resguardo en el yo personal<sup>80</sup>, mediante el recuerdo y la reflexión:

<sup>77</sup> Así llamaban los prisioneros a pensar obsesivamente sobre el dolor y la incomodidad de la situación, de forma de terminar debilitándose.

<sup>78</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 13; Feierstein, *Memorias y representaciones...*, *op. cit.*, p. 127.

<sup>79</sup> Feierstein, *Memorias y representaciones...*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>80</sup> Salazar Vergara, *op. cit.*, p. 207.

Entonces cada uno de nosotros evidentemente apostados donde podíamos poner nuestro cuerpo, hacíamos nuestros propios soliloquios, nuestras propias cavilaciones; pensaba en la familia, en mí mismo, porque aún no pasaba por el proceso de interrogación en el velódromo, estábamos ahí, *al aguaité*<sup>81</sup>.

Estos instantes de reflexión y recuerdo tenían un potencial creador tremendo. Los prisioneros, en este sentido, recurrían a lo intangible de ellos mismos que la represión no podía detectar<sup>82</sup>. Por ejemplo, un par de veces le llegaron a Héctor algunas cosas que su familia le enviaba a través del suboficial amigo; entre ellas, chocolate y tabletas efervescentes. Y Héctor repartía todo con sus compañeros, excepto una fracción de la tableta. Esperaba a estar tranquilo en alguna esquina del camarín, tomaba dicha fracción de tableta y «se la echaba a la boca y la chupaba, y si tenía la posibilidad de ir al camarín donde estuviera, a un lugar que mirara hacia el oriente, porque en algún lugar del oriente estaba su casa»<sup>83</sup>. En este ejercicio de memoria y melancolía, Héctor se encontraba a sí mismo por un momento, aferrándose al sentimiento de pertenencia y resguardo que le brindaba la memoria de su hogar.

La melancolía también puede configurarse a partir de expresiones imaginativas y de evasión<sup>84</sup>. Armando Pérez también utilizó la memoria de su hogar, pero esta vez en el contexto de la tortura. Sus compañeros de celda le recomendaron que, una vez llegado el interrogatorio, él «se fuera»:

En el camarín, antes de llevarnos al segundo interrogatorio por decirlo, los trabajadores de más edad que nosotros, que habían sido llevados a interrogatorio, que habían sido fuertemente torturados, nos decían a los más jóvenes, ‘chiquillos, cuando los estén torturando ustedes váyanse’. Chuta, y cuando te dicen algo así... ¿vayan pa dónde, cómo me voy a ir? ‘Cuando los estén torturando, váyanse, pero váyanse mentalmente, al campo, váyanse a la montaña, váyanse a cualquier otra cosa. No se concentren en el dolor, porque van a sufrir menos’. Y en el segundo interrogatorio yo lo hice, y como soy del sur me fui al sur, recorrí montañas mientras recibía golpes [...], recibí golpes y golpes y golpes y yo estaba en el campo... veía animales, veía árboles, veía el agua del río donde me bañaba tantas

<sup>81</sup> Entrevista a Guillermo Orrego, *op. cit.*

<sup>82</sup> Jorge Montealegre Iturra, *Derecho a fuga. Una extraña felicidad compartida*, Santiago, Asterión, 2018, p. 116.

<sup>83</sup> Entrevista a Jimena Benavides, *op. cit.*

<sup>84</sup> Montealegre Iturra, *Derecho a fuga...*, *op. cit.*, p. 116.



veces. Y eso aminoró mi sufrimiento, fíjate el consejo que nos dieron los viejos<sup>85</sup>.

De manera que la trinchera interna opera desde el cuidado del cuerpo (supervivencia e imagen) y el ser interno (contemplación y memorias). Nos queda analizar la segunda dimensión, la de las resistencias grupales: ¿cómo entender las dinámicas comunitarias en contexto de prisión política, particularmente dentro del Estadio Nacional?

### RESISTENCIAS EPITELIALES DESDE LA COMUNIDAD: EL GRUPO FRENTE AL ESPEJO

Como se ha propuesto, el proyecto reorganizativo de la dictadura se fundamentaba en el silenciamiento de las identidades previamente negativas. En la práctica, ello no solamente significaba el ataque contra las memorias individuales y las subjetividades, también implicaba la disolución de los lazos de sociabilidad y politicidad que pudieran estar presentes dentro del territorio. La idea era refundar el proyecto político a partir de la implantación de nuevas formas de pensar y actuar, tanto en la esfera del individuo como en la del grupo<sup>86</sup>. Se trata, de esta manera, de generar un trauma social: la fuerza fue utilizada con el fin de neutralizar a la sociedad en su conjunto y aniquilar su historicidad para reemplazarla por un silencio, por una *memoria banal*<sup>87</sup>. El resultado, en sus últimas consecuencias, es un desencuentro con la realidad que no solamente se traduce en un quiebre biográfico, sino que también en un nivel relacional<sup>88</sup>. Es, en palabras de Kai Erikson, «a blow to the basic tissues of social life that damages the bonds

---

<sup>85</sup> Entrevista a Armando Pérez. Santiago, 1 de agosto del 2018. Nace en 1949. En 1973 era obrero de la textil Fabrilana en el Cordón Vicuña Mackenna. No tenía militancias ni un papel sindical, pero era simpatizante del gobierno de la UP. Pasó por el Estadio Chile y el Nacional. Años más tarde, también tuvo un episodio de detención con la CNI.

<sup>86</sup> Elizabeth Lira, «Trauma, duelo, reparación y memoria», en *Revista de Estudios Sociales* No. 36, Bogotá, agosto del 2010, p. 21; Lechner y Güell, *op. cit.*, pp. 28-32.

<sup>87</sup> Lechner y Güell, *op. cit.*, p. 30; Norbert Lechner, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, Lom Ediciones, 2002, pp. 72-74. Los autores se refieren a una memoria que, antes que olvidar sucesos, los reprime tras un barniz de normalización.

<sup>88</sup> Lechner, *Las sombras del mañana...*, *op. cit.*, p. 74.

attaching people together and impairs the prevailing sense of communality»<sup>89</sup>. Por lo tanto, si el proyecto total consistió en despojar a la sociedad de su memoria e historia, el ataque no solamente se debía efectuar en contra de las subjetividades individuales; también debía dañar a los grupos y, particularmente, las lógicas grupales. Esto no solamente puede palpase en un nivel macro (con el ataque contra partidos y formas organizativas, por ejemplo), sino también en el nivel micro de la prisión política.

Para el caso del Estadio Nacional, el grupo de prisioneros era tomado como un todo al momento de ser sometido a tratamientos humillantes y vejatorios dentro de la cotidianidad de la prisión, más allá de la tortura individual. Las entrevistas dan importancia al hecho de que los militares sabían que el hacinamiento era una forma de ejercer tormento, ya que, sumado a toda la carga física y simbólica del encierro, los ánimos tendían a tensionarse y era más fácil entrar en discusiones con los compañeros<sup>90</sup>. Hay testimonios sobre la entrada de infiltrados dentro de los camarines, que metían los militares con el objetivo de saber lo que los prisioneros decían, agitar los ánimos y cargar aún más la atmósfera de angustia e incertidumbre. Y si bien el Estadio forma parte del contexto de la prisión política temprana, donde la problemática de la delación aún no estaba tan presente como en las experiencias que le sucedieron, situaciones como las mencionadas de todas maneras contribuían a enraizar la desconfianza. Como comenta Óscar Rojas:

Dentro del camarín empezamos a perder confianza, o sea ya no teníamos la misma confianza de cuando estábamos afuera con el compañero que estaba al lado. Nosotros nos cuidábamos mucho de... sabíamos muchas cosas entonces no sabíamos si la persona que estaba al lado se podía quebrar más fácil. Nosotros tuvimos compañeros que muchas veces hablaron cosas que no debían hablar cuando los interrogaban, entonces había que ser muy cuidadoso con lo que uno decía adentro<sup>91</sup>.

---

<sup>89</sup> Kai Erikson, «Notes on Trauma and Community», en Caruth (ed.), *Trauma...*, *op. cit.*, p. 187.

<sup>90</sup> Guillermo Orrego es especialmente enfático en ello. Las condiciones particulares del Estadio dificultaban mucho el poder elaborar la experiencia, por lo que comenta que todos andaban particularmente «polvoritas».

<sup>91</sup> Entrevista a Óscar Julio Rojas. Santiago, 11 de agosto del 2018. Nacido en 1953, comienza a militar en las Juventudes Comunistas en 1971. Participa también en la Brigada Ramona Parra (BRP). Era obrero mecánico dentro del Cordón de

Estas son aproximaciones que se deben tener en consideración al momento de estudiar la dinámica de grupo dentro de la prisión política, ya que son constitutivas de la experiencia. No obstante, esta no fue la única manera de relación evidenciada dentro de ella: si bien existía un elemento importante y direccionado de tensiones, también hubo numerosas instancias donde la agencia grupal tomó forma para hacer frente al poder que se desplegaba. Las muestras de ayuda mutua, solidaridad y contención son recordadas hoy con mucha emoción en los relatos de los ex prisioneros políticos del Estadio; son, de hecho, comprendidas como los momentos donde más virtud moral demostraron en su estadía. Sería erróneo pensar, entonces, que las circunstancias de la prisión devinieron siempre en una lucha de todos contra todos por la supervivencia personal; antes bien, las relaciones sociales encontraron formas de articularse y establecerse con otros<sup>92</sup>. Y si bien las reglas de sociabilidad no eran las mismas que en un ambiente normal, ello no quería decir que hubieran dejado de existir<sup>93</sup>.

En términos generales, las muestras de resistencia grupal son demasiado variopintas como para retratarlas bajo categorías analíticas rígidas. Muchas veces, incluso, se traslapan entre ellas. En vista de lo anterior, en las páginas que siguen se trabajará en base a tres definiciones generales y laxas, para crear una aproximación respecto de lo que sucedía en el nivel comunitario. Estas son: la resistencia como organización, como solidaridad y según los usos de la voz.

En sus memorias sobre la prisión política, Luis Corvalán comenta un particular episodio que se dio con sus compañeros. Los militares a cargo del Estadio habían conformado una «escuadra de servicios» donde reclutaban a los elementos menos politizados (sic) entre los prisioneros de cada camarín, y los llevaban por todo el recinto repartiendo la comida que entregaban, en pésimas condiciones, a los demás. Quienes estaban en la escuadra podían acceder a los alimentos, por lo que tenían ciertos privilegios por sobre los otros. Corvalán cuenta que, ante ello, él y algunos compañeros decidieron penetrar en la escuadra y formar una ‘vanguardia’ en su interior. Una vez adentro, se pusieron de acuerdo con los jefes de cada camarín para adulterar el total de detenidos en cada lugar y así conseguir una mayor ración

---

Vicuña Mackenna al momento del golpe de Estado. Pasó por el Estadio Chile, el Estadio Nacional, Tres Álamos y Villa Grimaldi.

<sup>92</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 42.

<sup>93</sup> Feierstein, *Memorias y representaciones...*, *op. cit.*, p. 128.

de alimentos para cada preso. «Prisioneros, pero de pie y combatiendo»<sup>94</sup>, comenta con orgullo respecto de la nobleza de la organización que levantaron. Fue tanto el éxito de esta vanguardia, que incluso instaron a una huelga de hambre con la que consiguieron unos quinientos panes para los prisioneros, quienes ya comenzaban a demostrar signos de malnutrición<sup>95</sup>.

Este primer acercamiento se encuentra dentro de la categoría de organización. Más allá de ello, da luces sobre una de las formas más tradicionales de entenderla, en tanto puede ser fácilmente relacionada con la politicidad. El testimoniante enmarca sus recuerdos dentro de palabras que hacen sentido en un pasado que se quería aniquilar. Corvalán era un militante comunista enfrentándose al terror dictatorial desde formas políticas propias de la organización de izquierdas en la época. De ahí que, por ejemplo, términos como *vanguardia* guarden tanta fuerza en su relato: son un remanente de formas sociales que querían ser activamente desterradas. En este caso, la agencia de la memoria se encuentra en la puesta en valor del rol político de la organización, en un contexto donde la presión se ejercía con el fin de generar lo contrario: la desorganización y despolitización de los individuos y los grupos<sup>96</sup>.

La politicidad, desde su rol activo, puede ser entendida como contestación directa. Y si bien el recurso a memorias militantes para sacarla a flote es un ejercicio notable dentro del caso anterior, esta no es la única manera de comprenderla. En consonancia con postulados posestructuralistas, una definición más acabada de politicidad es aquella que reivindica un imaginario, una identidad de códigos comunes que adquieren sentido (en este caso, dentro de la nueva cotidianidad de la prisión) y a partir de la cual toma importancia la noción de responsabilidad política<sup>97</sup>. Por esto, el caso de Corvalán no debe entenderse en tanto político solamente porque hace referencias directas a su militancia, sino porque, además de ello, logra dar cuenta de una acción organizada y concertada desde la responsabilidad del bien común, como era repartir la comida de manera equitativa y pelear por mejores condiciones alimentarias.

Es importante destacar que formas de sociabilidades y organizaciones como la mencionada, cuando se dieron, también lo hicieron sin importar el

<sup>94</sup> Corvalán, *op. cit.*, p. 38.

<sup>95</sup> Corvalán, *op. cit.*, pp. 34-43.

<sup>96</sup> Jelin, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>97</sup> Montealegre Iturra, *Memorias eclipsadas...*, *op. cit.*, p. 106; *Derecho a fuga...*, *op. cit.*, p. 69.

sexo o la edad. Para el caso de las mujeres existió un episodio que ilustra esta afirmación de manera muy potente, así como también da luces diferentes sobre la definición de politicidad bosquejada en el párrafo anterior. América Zorrilla era hija del ministro de Hacienda de Allende, uno de sus ministros obreros. En calidad de tal fue detenida y llevada al Estadio, donde fue torturada brutalmente por el peso de su genealogía. Compartió camarín con Sonia Palestro y Olivia Mora, las cuales recuerdan el deplorable estado en el que la dejaron tras el interrogatorio. Con la espalda quemada con cigarrillos y el cuerpo lleno de cicatrices y moretones, América se encontraba reposando mientras sus compañeras no sabían qué hacer para ayudarla a sanar. Al día siguiente (8 de octubre) se efectuó la primera visita de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU al recinto<sup>98</sup>, con lo que las prisioneras tuvieron una idea:

A América la habían llevado a interrogatorio y la habían torturado, y ella regresó al camarín mal, mal, mal. Nosotras no sabíamos con qué curarla, era un sufrimiento para nosotras ver cómo sufría. Pero le dijimos: 'ah, mañana viene esta delegación, entonces te vamos a mostrar, y le vamos a mostrar a todos para que vean cómo te han torturado. Aquí se ponen dos filitas de mujeres con cara de simpáticas y en la tercera fila te ponemos a ti, y cuando llegue el momento se abre la fila y tú entras'. [Cuando llegó la comisión] empieza el milico este [a decir qué detenidas estaban bien]. Y una compañera va y grita 'sí señor, aquí nos torturan', y se mete la América y le dice 'mire, señor', y le muestra la espalda toda quemá y morá [...]. Mostró la espalda como cinco minutos, después se levantó la bata y nosotras la refugiamos»<sup>99</sup>.

Sonia Palestro recuerda haber sentido una gran conmoción cuando vio llegar a su compañera de la sesión de tortura. Su relato concuerda con lo expuesto por Olivia:

[Refiriéndose a América] Me acuerdo de esa señora así morada entera, que justo fue la tortura de ella, que se dio al mismo tiempo que la visita de las Naciones Unidas pasó por el Estadio Nacional. Entra la comisión ahí al lugar donde estábamos, a los camarines, y [los militares] todos ufanos, mostrándonos como que estaban bien todas. De repente, salen las compañeras arrastrando a la compañera, y mostrándola así cómo estaba de morada entera, que casi se cayó

<sup>98</sup> Consejo de Monumentos Nacionales, *op. cit.*, p. 57.

<sup>99</sup> Entrevista a Olivia Mora, *op. cit.*

de espaldas la gente de las Naciones Unidas cuando la vio. Muchas aprovecharon de escribir papelitos y dejarlos en los bolsillos [de los representantes de la ONU]»<sup>100</sup>.

Si bien en apariencia la situación es diferente del relato de Corvalán, comparte con este la médula de la organización como politicidad. En consonancia con ello, la denuncia de América tuvo un movimiento doble. Por una parte, la motivación particular se encontraba en la denuncia de las extremas condiciones de vida en prisión política, a partir de la situación de tortura de un caso especialmente tormentoso. Por otra, se logró afianzar una cohesión grupal a propósito del cuidado y protección conjunta de la compañera maltratada. La politicidad, esta vez sin hacer referencia explícita a la militancia, toma forma en el hecho de que se concertó un movimiento/ fuerza que buscaba fines comunes a partir de acciones específicas. Se puede ver, en casos de organización como los mencionados, que la experiencia de la prisión no desarticuló los sentimientos más profundos de empatía ni las capacidades de organización en las prisioneras, así como tampoco deshizo la cercanía afectiva dentro del espacio social<sup>101</sup>; antes bien, las mujeres dentro del camarín se valieron de estas para hacer frente a lo que les estaba sucediendo. La resistencia de la voluntad frente al poder encontró, de esta forma, un instante de incitación y lucha conjunta<sup>102</sup>.

Una segunda forma de resistencia grupal frente al asedio de los militares en el Estadio Nacional encontraba sus fundamentos en el compartir. Dicho término debe ser tomado desde su amplia polisemia: se compartían espacios, experiencias, cosas, palabras. En consonancia con ello, los ex prisioneros citan la solidaridad como un valor fundamental de la experiencia de la prisión política, puesto que además de crear un marco de referencia que ayudó a contrarrestar el sinsentido y el tedio de la prisión, esta inauguró una red de reciprocidades que resultaron tremendamente sanadoras tanto para el conjunto como para el individuo dentro de él<sup>103</sup>.

Claramente, la solidaridad tenía una dimensión práctica. La comida escaseaba, el frío calaba los huesos y los recursos eran prácticamente nulos. Compartir la frazada o donar la propia ración de comida a compañeros

<sup>100</sup> Entrevista a Sonia Palestro, *op. cit.*

<sup>101</sup> Cfr. Lechner, *Las sombras del mañana...*, *op. cit.*, p. 74

<sup>102</sup> Foucault, *El sujeto y el poder*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>103</sup> Humberto Giannini, *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la inter-subjetividad*, Santiago, Catalonia, 2007, pp. 28-29.

que lo necesitaran más, era un asunto asociado a la supervivencia, tanto propia como del otro<sup>104</sup>. Osiel Núñez recuerda que antes de llegar al Estadio Nacional estuvo en el Estadio Chile, lugar donde no comió en días. Sus compañeros de la UTE, preocupados por su salud, le llevaron comida en un gesto que lo marcó profundamente:

Cuando estaba produciéndose el desalojo, de pronto llega otro muchacho de la Universidad. Y llega con un soldado, con un soldado y con un plato donde había lentejas, un plato y una cuchara. Y entonces me dice: ‘compañero, toma, es para ti’. Yo pensaba que iba a ser fusilado, estaba en otra, pensar en comer ni se me pasó por la mente. Y quizás por eso también fue mi reacción porque le dije: ‘no, esto es tuyo, cómelo tú’. Él lo necesitaba porque él iba a seguir los derroteros, pa mí no tenía significación comer. Me dice ‘no, si esta no es mi comida, es tuya porque la juntamos de cucharada por cucharada’<sup>105</sup>.

Pero, además, es evidente que también existía una dimensión comunitaria simbólica en el compartir. Se puede esclarecer esto aún más a partir de los testimonios que recuerdan haber recibido algún paquete de comida dentro de la prisión, pues todos recuerdan haberla repartido entre todos los compañeros: barras de chocolate y pan se partían en centenares de pequeños pedacitos que, lejos de quitar el hambre, lograban cohesionar al grupo y dar un mensaje de solidaridad, compañía y apoyo mutuo<sup>106</sup>. Este elemento simbólico de la solidaridad es sumamente importante, por cuanto conecta al individuo a su realidad. Si se hace el enlace con el acápite anterior, puede entenderse que la solidaridad es un movimiento donde el

<sup>104</sup> Ruth Vuskovich recuerda con agradecimiento el hecho de que, cuando sus compañeras no querían seguir comiendo las legumbres que les entregaban como almuerzo todos los días, le daban el plato a ella para que no se perdiera la comida y pudiera juntar energías. Óscar Rojas recuerda que a veces conseguían cigarrillos y hacían que cada uno cundiera para cuatro.

<sup>105</sup> Entrevista a Osiel Núñez, *op. cit.*

<sup>106</sup> Ejemplos de esto hay muchos. Tal vez uno de los más recordados por la Corporación Estadio Nacional, Memoria Nacional, ex Prisioneros Políticos, es el episodio donde Jorge Montealegre cuenta que, en su camarín, el padre Enrique Moreno Laval, preso por su compromiso político como cura obrero, hizo una eucaristía pidiendo por fuerzas para los presentes, y como hostia tomó un pedazo del pan que les daban para comer y lo repartió en decenas de pequeños pedacitos, uno para cada uno de los prisioneros. Ver más en Montealegre Iturra, *Frazadas del Estadio Nacional...*, *op. cit.*, pp. 93-98.

sujeto, ya convertido en testigo de sí, también puede ser testigo de otros<sup>107</sup>. Y viceversa: al ser testigo de otros, también se es testigo de sí. No un testigo pasivo, más bien uno orgánico, puesto que a través del compartir se hacía presente como parte activa dentro de la cadena de reciprocidades. Se trataba de una intrincada red donde la virtud del cuidado mutuo repercutía en la de la solidaridad:

Ponían parte de su ropa, la ponían en el suelo, ahí llegaba la persona, entonces lo limpiaban, le hablaban. [Cuando a Héctor] le tocaba volver de interrogatorio, él sabía que en algún lugar lo iban a recibir así. Y entonces era como saber que alguien le estaba hablando, que alguien le estaba dando fortaleza para resistir. Eso es lo que más me impactó de cuando él me contó, el tema de la solidaridad, pero cuando ya no tienes nada... La solidaridad está en hacer cariño, en decirle al otro 'va a pasar, va a pasar' —él sabe que no va a pasar, que va a demorar diez días en desinflamarse, que si lo quebraron no va a pasar prontamente— pero de poner esa fuerza y donde la solidaridad hacía que no se destruyeran entre ellos<sup>108</sup>.

El ámbito de la psicología social ha afirmado que la solidaridad dentro de la vida cotidiana se presentaba como la primera forma de reparación tras la vivencia del horror de la tortura, por cuanto significaba la recuperación primaria del contacto, la empatía y la contención en otros. En esta línea, el acercamiento de Armando Pérez resulta ilustrativo, en vistas de que rescata el compañerismo como una virtud en medio de circunstancias desesperanzadoras: «compañerismo, eso es lo que rescato... el calmar al otro, ayudarlo, reconfortarlo; rezábamos juntos, pasábamos las penas juntos, hacíamos planes juntos para cuando saliéramos»<sup>109</sup>.

Ninguna de estas actividades habría sido posible sin un paso previo: la existencia de un lenguaje común que sirviera de puente entre los prisioneros. En este sentido, y bajo una experiencia diseñada para ser inenarrable, la utilización de las palabras y los silencios podían ser una trinchera desde la cual disputar el poder, así como también un puente a través del cual vincularse con otros en una relación de aliento y sabiduría. Fue a través del lenguaje que los más viejos le aconsejaron a Armando una forma de evadirse, que se pudo hacer explícita la denuncia de los maltratos contra América, o que se posibilitaron las palabras de aliento a Héctor cuando

<sup>107</sup> Elizabeth Jelin, *op. cit.*, p. 81.

<sup>108</sup> Entrevista a Jimena Benavides, *op. cit.*

<sup>109</sup> Entrevista a Armando Pérez, *op. cit.*



caía abatido tras las interrogaciones. La última dimensión a repasar tiene que ver con ello: el poder y la agencia de los usos de la palabra y la voz, que se puede palpar en todas las formas anteriores de resistencia.

El trauma (individual y colectivo) como la historia de una herida que clama por ser escuchada<sup>110</sup>. Dentro de este marco, encontrar la palabra es como descubrir una salida al laberinto, toda vez que a través de ella se puede comenzar a enunciar la historia del trauma infligido<sup>111</sup>. Saber usar las palabras es inaugurar un vínculo que encuentra sus caminos en el testimonio y la cotidianidad compartida; es la búsqueda primordial por lo Otro<sup>112</sup>. La comunicación incluye a la alteridad, y la encuentra hasta que deja de serlo y se convierte en una parte más del intercambio. La voz se convierte, en último término, en la representación sensible a partir de la cual se logran concretar las relaciones sociales<sup>113</sup>.

El uso de las palabras toma tantas formas como es imaginable y se conjuga con la heterogeneidad de otras formas de resistir dentro de la prisión. Si bien las palabras de aliento que se han dimensionado a lo largo del artículo eran una parte fundamental de la experiencia, estas tenían lugar dentro de la situación límite de ver al compañero maltrecho y malherido después de enfrentarse a la tortura. En una base cotidiana, las palabras también servían para evadirse un poco de la situación por la que estaban pasando, como lo intentaba hacer Guillermo al compartir sus cartas. Y estaban en directa relación con la solidaridad:

La solidaridad también se daba en esos cantos, se daba en conversaciones, aunque fueran anodinas, aunque fueran recuerdos de sus casas [de las compañeras], en decirnos cosas, en llorar, en conversar de las cosas que habían pasado en el día a día y contar tus penas<sup>114</sup>.

Las palabras cotidianas, entonces, se relacionaban profundamente con las formas de solidaridad. Por ejemplo, Rolando Álvarez Araya recuerda situaciones similares de su paso por el Estadio y por Chacabuco, pero con el contar historias:

<sup>110</sup> Cathy Caruth, *Unclaimed experience. Trauma, narrative, and history*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1996, pp. 3-4.

<sup>111</sup> Montealegre Iturra, *Memorias eclipsadas...*, *op. cit.*, p. 98.

<sup>112</sup> Giannini, *op. cit.*, pp. 23-24.

<sup>113</sup> Jelin, *op. cit.*, pp. 85-87; Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2011, p. 144.

<sup>114</sup> Entrevista a Sonia Palestro, *op. cit.*

En una oportunidad se nos ocurrió contarnos películas, era una buena idea. Yo empecé, como tengo buena memoria, y las conté detalladamente. Después nadie quiso contar ninguna película, pero yo les conté varias películas y libros. En Chacabuco conté incluso la Segunda Guerra Mundial en fascículos que había comprado [...]. Contábamos chistes, cuentos. También, cuando teníamos hambre, empezábamos a recordar las cosas que nos gustaba comer<sup>115</sup>.

Este testimonio tiene resonancias en lo que comenta Óscar Rojas sobre su experiencia en el Estadio:

Más de lo que hablábamos eran cosas sin importancia. Por ejemplo, hablábamos de lo que hacíamos normalmente, había un compañero que decía ‘donde venden sopaipillas y picarones ricos pasaos, era en La Gallina’. Decíamos esas cosas, o hablábamos, ‘pucha que es lindo pasear por el Parque Forestal...’, cosas así. O había unos compañeros [con los] que nosotros hablábamos mucho de hípica. Habíamos [sic] varios aficionados a la hípica, y ahí nos poníamos a hablar ‘te acordái de este caballo cuando ganó...’, entonces esa era la dinámica que hacíamos<sup>116</sup>.

A estas interacciones primarias se sumaban otras que intentaban dis-  
tender los ánimos y añadir un componente dinámico a la situación. Hay testimonios que recuerdan los chistes y la mímica como una forma de burla a los militares y a Pinochet. Ruth, por ejemplo, recuerda que inventaban bandos que parodiaran la forma en que la dictadura estaba comenzando a funcionar, y se los pasaban a una compañera para que los leyera en voz alta:

Elita se subía a los bancos de los camarines, y era tan divertida... tenía la voz ronca, andaba con tacones y falda angosta... y ella se subía al banco a leer con su vozarrón el bando que habíamos inventado, puras leseras, nos reíamos de esas cosas. [Las demás presas] se reían... las que podían reír<sup>117</sup>.

Había unas compañeras fabulosas pa imitar, y nosotras nos matábamos de la risa porque se ponía a imitar a Pinochet... cantábamos,

---

<sup>115</sup> Rolando Álvarez Araya, *Papá no va a llegar, porque está trabajando en el norte*. *Memorias y epistolario de un preso político comunista y su familia en Chile*, Santiago, Gráfica Lom, 2012, p. 38.

<sup>116</sup> Entrevista a Óscar Julio Rojas, *op. cit.*

<sup>117</sup> Entrevista a Ruth Vuskovich, *op. cit.*

una compañera recitaba los versos de Neruda que se los sabía, entonces nos entreteníamos en eso<sup>118</sup>.

Los usos de la voz, en todos los casos citados, tendían a aunar al grupo a través de diversas estrategias: el epistolario, la cotidianidad, la narrativa y los chistes se combinaban para dar forma a la solidaridad primaria de las palabras. Tal como las cavilaciones personales tratadas en el acápite anterior, estas eran formas de elevar el espíritu, pero a partir de la idea de que había que evitar que decayera en los abismos de la desesperanza. Vistas de este modo, las palabras, contextualizadas en pequeñas acciones cotidianas, tenían el rol político de mantener firme al grupo. En la evasión, o en la risa fugaz, existían instantes de agencia, contención y dirección grupal.

Si bien las palabras son poderosas y, en primera instancia, lo que busca el proyecto dictatorial es arrancarlas y censurarlas para instaurar culturas del silencio y la vergüenza, una dinámica interesante se da con el uso de los silencios en algunos contextos de prisión política que no tenían tanto que ver con no hablar por miedo, sino que por cuidado del sí y los otros. Olivia comenta, al respecto, que ella sabía que era considerada dentro de las prisioneras ‘peligrosas’ por su militancia y su profesión (periodista política y militante socialista). Por esto, era consciente de que hablar con otras prisioneras que no estaban en una situación tan compleja como la suya podía significar perjudicarlas, puesto que las podían vincular a situaciones que realmente no aplicaban para sus casos:

[Al principio] no nos acercamos a conversar [muy profundamente] porque podían creer que estábamos confabulando algo, entonces nadie se acercaba a conversar. Había unas miradas de reojo, pero no conversábamos nada. Fue algo tan increíble la reacción esa de no conversar porque era como decir ‘si yo entro a conversar contigo te voy a afectar, a lo mejor van a creer que estás en algo’. Había conciencia del peligro de que si yo hablaba con alguien lo podían acusar, si me estaban acusando a mí de algo más grave no quería afectarlo<sup>119</sup>.

La particularidad de este testimonio radica en la temprana toma de conciencia respecto de los grados de ‘peligrosidad’ con los que operaba la dictadura dentro de su categorización de los prisioneros. No era que Olivia no quisiera hablar por apatía, vergüenza o desafección, era más bien que se

<sup>118</sup> Entrevista a Olivia Mora, *op. cit.*

<sup>119</sup> *Ibid.*

preocupaba de que su condición de prisionera ‘peligrosa’ pudiera afectar a quienes estaban a su alrededor. Y si bien en la entrevista admite que pasado el tiempo sí se acercó a las compañeras que no conocía a compartir un poco, se nota que había una conciencia del peligro que ello podía significar para estas, y que, por lo tanto, era cuidadosa respecto de su actuar. El silencio, si bien se entiende en el contexto macro del proyecto dictatorial del que se ha hecho mención durante todo el escrito, es puesto en perspectiva por Olivia y por quienes tenían una conciencia y una sensibilidad similar. En este sentido, el silencio podía tener dimensiones de agencia si correspondía al uso (o no-uso) consciente de la voz propia y la conciencia de sus posibilidades y límites respecto de los otros.

## CONSIDERACIONES FINALES. HACIA UNA HISTORIZACIÓN DE LA MEMORIA DE LAS RESISTENCIAS

Cuando se les pregunta por el concepto de *resistencia*, la mayoría de los ex prisioneros políticos responde que dentro de prisión existieron formas de resistir, aunque estas no están alineadas con la visión más clásica que se tiene de resistencia en tanto toma de las armas: «Yo creo que es resistir cualquier acto que fuera contrario a los mandatos oficiales, a la dictada de normas establecidas; yo creo que esa fue una resistencia»<sup>120</sup>; «Creo que uno tiene que confiar en el ser humano y en las capacidades, y ahí uno puede resistir. Los presos políticos son pura resistencia... resistencia personal, resistencia física, resistencia colectiva»<sup>121</sup>; «La resistencia era todos los días. La actitud que tú tenías en el Estadio: eso era resistencia. Cuando no te doblegaban en la tortura, era resistencia»<sup>122</sup>. Se habla de fenómenos intuitivos, heterogéneos, propios de lo más íntimo de la persona que se enfrentaba a lo que sucedía dentro de la prisión. La idea de este escrito giró en torno a rescatar esos fenómenos, relevarlos y ponerlos en contexto. No se trata de enfocar ‘lo bueno’ dentro de lo malo, o, peor, que pretenda hacer una especie de elogio del sufrimiento a través de valorar las respuestas que se hacen a él a partir de la entereza<sup>123</sup>.

<sup>120</sup> Entrevista a Guillermo Orrego, *op. cit.*

<sup>121</sup> Entrevista a Jimena Benavides, *op. cit.*

<sup>122</sup> Entrevista a Osiel Núñez, *op. cit.*

<sup>123</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 47; Feierstein, *Memorias y representaciones, op. cit.*, pp. 82-83.

El texto presentado es, más bien, un estudio sobre la agencia y las relaciones de poder. Específicamente, de qué forma se puede configurar un entendimiento del poder donde las víctimas sean vistas desde su multidimensionalidad. Es una apuesta que aboga por hacerse cargo de devolverle la agencia a los protagonistas de esta historia, prestándole atención a la contraparte ascendente de un poder que se pretende totalizante. Si se entiende que el poder se despliega desde el ámbito relacional, no es justo para la memoria de las víctimas reducir las solamente al rol pasivo/receptivo de la relación. Dicha visión termina revictimizándolas desde el ámbito discursivo, al quitarles todo poder de contestación y todo resguardo de sus propios límites<sup>124</sup>. El concepto de *resistencia epitelial* pone en valor aquellas acciones que fueron desplegadas desde lo profundo del sujeto y la comunidad, precisamente cuando se encontraban, en palabras de Silvio Rodríguez, «en medio de la muerte, en plena luz».

El resultado del estudio arroja la existencia de límites del poder totalizante y *necropolítico* de la dictadura pinochetista, específicamente en dos formas fundamentales: la trinchera interna, por una parte, y los lazos comunitarios, por la otra. Una de las concepciones que se tiene sobre el poder soberano es que su despliegue no solamente se pretende totalizante, sino que es, en la práctica, total. Pero las pesquisas en las entrevistas y los archivos demuestran que no es siempre así, que existen márgenes de contestación y que, si bien son cuantitativa y cualitativamente distintos del poder al que hacen frente, no por ello deben ser invisibilizados. Si bien la resistencia es un fenómeno complejo puesto que se explica primordialmente dentro del contexto donde se desarrolla la relación de poder, existen maneras de responder que tienden a repetirse y cuyas memorias se encuentran soterradas por el discurso oficial que insiste en lo inabarcable e insuperable del trauma<sup>125</sup>.

Sin duda, es necesario seguir investigando sobre espacios y sujetos de memoria, así como también sobre relaciones de poder dentro del contexto latinoamericano. En último término, es hora de preguntarse sobre la agencia de los sujetos dentro de situaciones límite, no para minimizar el impacto de estas, sino para generar relatos que le hagan justicia a la multidimensionalidad y el empoderamiento de los sujetos dentro de dichos procesos. Este

<sup>124</sup> Ver Daniel Feierstein, *Seis estudios sobre genocidio*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2007.

<sup>125</sup> Montealegre Iturra, *Memorias eclipsadas...*, *op. cit.*, p. 104.

escrito es solamente un primer acercamiento a un caso acotado dentro del vasto universo de prisión política que existió en Chile. La potencialidad para testear la hipótesis de las *resistencias epiteliales* en otros sitios queda abierta para generar más conocimiento sobre un tema tan fundamental como es la prisión política en el Chile contemporáneo.